

Frente a la gran mentira

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

Algo de la lectura de las trescientas cuarenta y nueve páginas del último libro de Antonio García-Trevijano (*Frente a la gran mentira*, Madrid, Espasa, 1996) con la doble impresión que desde siempre me produjo la personalidad de este profesor universitario, abogado en ejercicio, notario en excendencia, y audaz coordinador de la oposición, en los años setenta, al régimen de Franco. ¿Será un sabio o será un aventurero? ¿Quizá un sabio aventurero?

De lo que sí estoy seguro es de su calidad como ensayista político y de la fuerza magnética de su pasión política.

Lo de su valentía y lo de su pasión por los asuntos públicos pude comprobarlo personalmente años antes de la muerte de la dictadura, en reuniones clandestinas celebradas en Santa Cruz de Tenerife, en casa del médico Tomás Bencomo, donde un Antonio García-Trevijano, con bigote guerrillero, ataviado con impecables trajes blancos de algodón y representante máximo de la por entonces Junta Democrática, nos asombraba a todos los congregados con una elocuencia y un rigor terminológico de los que jamás podré olvidarme, y de los cuales tomé buena nota por ver si se me pegaba algo, he de confesarlo.

Los años han pasado y de héroe del antifranquismo, Antonio García-Trevijano pasó a ser el menos-prezido preferido de los partidos estatistas, un iluminado correoso, al que era conveniente enlodar por sus relaciones con la Guinea turbia del no menos turbio primer presidente de ese territorio ya ajeno a España, don Francisco Macías. Toda la España triunfadora de la transición se declaró enemiga pública número uno de García-Trevijano y siguiendo la fórmula más corriente de cualquier condena mayoritaria y categórica, el castigo que se le aplicó —a un ser que era todo palabras— fue el reducirlo al silencio absoluto.

No tan absoluto, claro está, si tenemos en cuenta que en 1994 publicó un libro de título más que provocador: *El discurso de la República*, de acogida más que sonada y apoyo de sectores de la sociedad como mínimo sorprendentes, y que ahora, hace apenas un mes, ha vuelto a las librerías y a los círculos políticos con esta *Frente a la gran mentira*.

¿Qué es lo que separa a García-Trevijano de la España constitucional de nuestros días? Pues, eso precisamente, la gran mentira que, según su análisis, viene a significar esa España postfranquista y juan-carlosborbónica: "Por ello, la circunstancia francesa que rodeó el nacimiento de la opinión pública republicana, con motivo del mentiroso Decreto de 15 de julio de 1791, sobre el secuestro de un rey (Luis XVI), se parece tanto a la circunstancia española del 23-F, donde el consenso de los editores de la opinión pública proclamó el dogma de un rey salvador de la libertad contra el golpe de Estado de sus amigos".

Pero para García-Trevijano la gran mentira se remonta a años anteriores. Su gran discrepancia gira en torno al tipo de democracia que los españoles nos otorgamos (¿nos otorgaron?) en la Constitución de 1978; concierne a las soluciones pactadas por las organizaciones políticas de entonces y poderes como el

Rey y los viejos cuadros franquistas.

Sus dos últimos libros parecen insistir en una misma y machacona tesis: "Si los sujetos constituyentes —los encargados de hacer una Constitución— son exclusivamente partidos políticos, como sucedió en la República de Weimar, en todos los países europeos vencidos en la última guerra mundial y en la transición española, el resultado no puede ser otro que esa forma actual de oligarquía partidista llamada Estado de partidos o "partitocracia", bajo forma monárquica o republicana".

No obstante, en *Frente a la gran mentira*, no solo se prosigue en esa misma línea de pensamiento, sino se pretende restaurar a la palabra "democracia" su sentido más exacto y librarla del fraude del que está siendo objeto en países como la misma España de nuestros días: "La participación se reduce a un juego de partidos, y entre dirigentes de partido, para repartirse el poder estatal".

La democracia es la única forma de gobierno que nos iguala a través del disfrute de la libertad de acción y de la libertad política, conceptos en los que García-Trevijano insiste una y otra vez. Y a la hora de buscar las esencias de la verdadera democracia entre los ejemplos de lo que fue la Revolución Francesa y la Independencia de los Estados Unidos, García-Trevijano se decanta por el segundo, en la línea de lo que en su momento celebró el político y estadista británico del siglo XIX, William Gladstone: la Constitución de Estados Unidos es "la obra más maravillosa lograda por la inteligencia y la voluntad de los hombres".

¿Por qué esa magnificación de un texto jurídico-político? García-Trevijano lo explica. El éxito de la democracia representativa norteamericana consistía en el reparto de la representación de la sociedad entre el ejecutivo —el presidente es elegido separada y directa por los ciudadanos— y la asamblea de legisladores, también elegida directamente por los ciudadanos. En Europa, por el contrario, se elige sólo a un Parlamento del cual luego dimanan los otros poderes, tanto el ejecutivo como el judicial. Esto lo podemos hoy comprobar en el mismo sistema electoral español sin mayores dificultades.

García-Trevijano cree y demuestra en su último libro que esas dos opciones provienen de una distinta influencia de la filosofía política. Tras el sistema americano se percibe el pensamiento de Montesquieu: "Montesquieu encuentra la libertad política en el equilibrio del poder, en la balanza de poderes". Los revolucionarios franceses acogieron la "antigualla" de la teológica voluntad general y de la soberanía popular de Rousseau.

García-Trevijano teoriza sobre la democracia en abstracto para alcanzar la democracia concreta en una España donde el Estado se encuentra patrimonializado por los partidos, donde quedan crímenes y corrupción generalizada de los aparatos gubernamentales por dirimir en unos tribunales cada vez más intermediados por la presión política, donde la opinión pública autónoma no existe, donde ha quebrado la confianza de la sociedad en su porvenir.

¿Será un sabio o un aventurero? ¿Quizá un sabio aventurero?